



# EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 47. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 21 DE NOVIEMBRE DE 1869

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, AÑO XIII un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



ntes de formalizarse y llamar algun tanto la atencion y las simpatías del país, ha muerto la candidatura del joven duque de Génova. Inútiles de todo punto han sido los esfuerzos con que procuraban apoyarla sus partidarios, inútiles todas las gestiones hechas en su

favor; pues esa desdichada candidatura ningun vacío llenaba, á ninguna aspiracion legítima respondia, ni aun mediana en lo presente, despertaba fundadas esperanzas para lo futuro. De igual manera que el pueblo español, la repugnaba la corte de Florencia y ha caido por su propio descrédito, sufriendo dos muertes, una en España y otra en Italia.

Inténtase por algunos resucitar la candidatura del duque de Aosta; pero tendrá el mismo resultado que la primera vez que fue propuesta. No era popular antes, no lo es ahora, ni probablemente lo será nunca. La que más resiste á los embates de encontradas opiniones es la del duque de Montpensier, sin duda por la influencia de los hombres políticos que la apoyan. No parece, sin embargo, que llegue á obtener el triunfo, ni tal vez la del anciano don Baldomero Espartero, á pesar de sus innumerables servicios á la libertad y de su immaculado nombre militar y político. Necesario es reflexionar que tiene contra sí su candidatura á los sostenedores de otras, y por añadidura al numeroso partido republicano, que las combate y proscribte todas, vengan de donde vinieren y llámense como quieran.

Mucho se ha hablado estos últimos dias de disidencias é inminente rompimiento entre demócratas, progresistas y unionistas; pero hasta ahora por fortuna aun no se ha verificado. Seria una verdadera desgracia que antes de terminar la obra, se dispersaran los obreros; que antes de consolidar la revolucion, luchasen entre sí los revolucionarios. Si fue preciso unirse para destruir, mucho más necesaria es la union cuando se trata de edificar. En este sentido conciliador y patriótico se halla redactada la notable carta dirigida por el ex-ministro de Marina señor don Juan Bautista Topete á los capitanes y comandantes generales de los departamentos, apostaderos y escuadras; recomendando á todos al mismo tiempo el acatamiento debido á lo que las Córtes soberanas acuerden.

Sigue con grande actividad la instruccion y apresto de voluntarios con destino á Cuba. En Cataluña acaba de formarse un batallon compuesto de mil plazas, y pronto se habrá formado otro igual, segun el entusiasmo que allí reina y la multitud de mozos que se presentan para ser reconocidos y filiados. El de voluntarios de Santander ha salido para Cuba en el vapor *España*, y en el *Comillas* el de Covadonga, compuesto de 1,036 plazas y perfectamente equipado y armado. Para las fuerzas que en otras provincias se organizan se ha enviado el correspondiente vestuario y equipo á fin de allanar cualquier entorpecimiento y terminar los trabajos lo más pronto posible. Las noticias de Cuba siguen siendo satisfactorias. No sólo las de origen oficial, sino tambien las que insertan los periódicos anglo-americanos convienen en que la insurreccion está dominada y cada dia los sublevados experimentan mayores pérdidas y sienten un desaliento más profundo. En las Cinco Villas, Cienfuegos, Sancti Spiritus y Sagua se les acosa de tal manera, que no se atreven á esperar el ataque de nuestros soldados, dispersándose á su vista y huyendo á ocultarse entre las asperezas de la manigua. Muchos de ellos se han presentado y presentan, á veces en grupos numerosos, quejándose de la conducta de sus jefes y del trato que les dan; el cual es todavia peor respecto de los aventureros procedentes de los Estados Unidos. El último telégrama del general Caballero de Rodas, que ha verificado una expedicion por varias comarcas de la isla, habla de una gran batida en el departamento oriental, del pago de letras de comercio ya satisfechas y de un desórden que

hubo entre los voluntarios de Cárdenas, brevemente reprimido. El descuento del Banco ha bajado al 4, mientras las acciones se han elevado al 20; y sabido es que no hay ningun indicador de la confianza como el estado de los valores públicos.

Despues de tanto hablar de reduccion del ejército y de una parte de su fuerza en Prusia y de las gestiones hechas por varios diputados con este fin, salimos ahora con que se dan órdenes apremiantes para reparar algunas fortalezas y dotarlas de cañones rayados del último sistema, que, pensando piadosamente, debe ser el más destructor y mortífero. Claro está que Francia, en vista de tales preparativos bélicos, continúa á la expectativa sosteniendo en pie de guerra su numeroso ejército y sus imponentes fortificaciones. Del próximo discurso de Napoleon en la apertura de las Córtes se espera alguna luz sobre la conducta que en adelante se propone, así como algunas declaraciones importantes sobre el estado actual de la política europea; mas probablemente este discurso será como otros ya pronunciados en diversas ocasiones, que lo dicen todo y nada dicen, semejantes en esta ambigüedad á las famosas palabras de los antiguos oráculos.

A la hora en que escribimos estas líneas ya se habrá verificado el gran acontecimiento de la apertura del canal de Suez. El gobierno francés ha determinado dar el titulo de duque de este nombre al ingeniero Mr. Lesseps, para lo cual ha pedido autorizacion al Egipto, y además la dignidad de senador con el sueldo correspondiente. Bueno es que se recompense el mérito, la constancia y el trabajo con rentas y dignidades, porque no sólo de gloria vive el hombre; pero los títulos de duque y senador aparecen inferiores á su representacion como hombre científico y bienhechor de la humanidad y ciertamente las generaciones futuras no conocerán á Mr. Lesseps como duque ni como senador, sino como génio extraordinario.

La anunciada expedicion á la isla Elefantina con que se obsequiará á los convidados á la inauguracion del canal, debe ser tan instructiva como curiosa. En esta isla se halla el monumento construido por los antiguos egipcios para medir las periódicas crecidas del Nilo. Desde 1799 no ha sido visitado científicamente este monumento; por lo que los expedicionarios serán muy numerosos, hallándose el Cairo, Puerto Said y otras poblaciones llenas de viajeros procedentes de todos los



países del mundo. Casi bajo el trópico de nuestro hemisferio y en Syene se halla situada esta isla Elefantina, cuyo nombre árabe es Djézired-el-Seid, (isla de las flores), que es un verdadero jardín tropical, de 4,500 metros de longitud y 300 de anchura.

El Nilómetro, descubierto durante la expedición francesa á Egipto, y cuya existencia se remonta á varios siglos antes de la era cristiana, se halla aun en el día en buen estado de conservación para dejar ver las épocas en que se consignaron las grandes avenidas del río.

El monumento del Nilómetro marca en un pozo por medio de ranuras de un centímetro de profundidad, con divisiones iguales á nuestros milímetros, los codos de la crecida del Nilo, así como sus niveles más bajos.

Este pozo comunica con el río. El pozo crece ó disminuye según sube ó baja el nivel del Nilo. En la ranura más elevada está escrito el guarismo KL (24) 24 codos, máximo de la elevación de las aguas del Nilo. Veinticuatro codos equivalen á unos 12 metros.

Los anuncios de los astrónomos que nos amenazaban con recios temporales en la costa de Levante, se han cumplido demasiado bien por desgracia. Son muchos los siniestros de que hasta hoy nos han dado cuenta los periódicos, entre ellos los de varios buques españoles de cabotaje, el del vapor inglés *Parthenon* y los bribarcas italianos *Eve* y *Carmini*: las pérdidas de cargamentos son considerables, habiendo perecido también algunos de los tripulantes. El suceso más terrible por sus circunstancias es el de la familia del infortunado torrero del Faro de la Hormiga, cuyo lamentable acontecimiento describimos en otro lugar de nuestro semanario.

Serios temores abrigan los hombres que más se ocupan de religión y política, y de la influencia mutua de una en otra, sobre el giro y resolución de las cuestiones que tratará el próximo Concilio; habiendo quien vea surgir próximamente graves disensiones entre los mismos prelados, con daño notorio del catolicismo; pero creemos que es aventurado é intempestivo cuanto se discorra sobre esto; siendo lo mejor dejar al tiempo lo que es suyo, sin meternos en consideraciones para cuyo esclarecimiento nos faltan los indispensables datos.

Nuestros colegas se lamentan, y con razón sobrada, de la emigración numerosa que sale de la península para buscar fortuna en otras regiones, escitando al gobierno para que procure evitarla, ó siquiera disminuirla, proporcionando dentro del país el trabajo que esos hombres robustos y laboriosos van á buscar en lejanos climas, donde con frecuencia les espera la muerte, en vez de la prosperidad con que los seducen su ignorancia propia y los agentes pagados para promover tales emigraciones, enganando por las aldeas á muchos de sus crédulos habitantes. ¿Nunca hallará remedio tan grave daño?

N. C.

## LA BATALLA DE CERINOLA

DESCRITA COMO NO SE HALLA EN NINGUNA HISTORIA NI CRÓNICA IMPRESA NI MANUSCRITA.

(CONCLUSION.)

Llegaron los españoles antes que los franceses á la Cerinola. Esta villa estaba rodeada de viñas y olivares, y éstas de vallados dentro de los cuales se situaron, y el Gran Capitán asentó también allí mismo sus reales. Al punto principiaron á hacer fosos, y con la tierra que sacaban, parapetos lo mejor que la brevedad del tiempo permitía. Procuraron dar prisa á la construcción de estas obras Pedro Navarro, don Diego de Mendoza y los Colonos; y el Gran Capitán, con muy afables palabras, alentaba á los soldados á hacer aquel trabajo que fue muy provechoso contra la caballería enemiga; y entre tanto que unos se ocupaban en esto, otros traían á los muchos infantes que habían quedado desfallecidos en el camino. Luego ordenó la colocación de la artillería en los lugares más convenientes, lo que ejecutaban el conde de Nochetto y Diego de Vera que la mandaban; y así que la gente se repuso de la fatiga del camino y de los trabajos que habían hecho, mandó combatir la Cerinola, lo que ejecutaron asistiendo al muro algunos cañones de grueso calibre.

Eran los franceses 30,000 hombres; de ellos 2,000 lanzas gruesas, 4,000 caballos ligeros, 4,000 suizos, 20,000 infantes y 40 piezas de artillería entre cañones culebrinas y gerifaltes. Iban en la vanguardia el duque de Nemurs, Mr. Odet de Foix, señor de Laitrec, todavía joven y después célebre capitán; Mr. Bayarte, Mr. de Chandeá y Mr. Ricarte. En la batalla ó centro los príncipes de Salerno y de Visiñano; y en la retaguardia Mr. Ives de Alegre, Luis de Arce, Mr. de Formento y Mr. de la Palizza. Luego que llegaron cerca de Cerinola, pararon y asentaron su real y plantaron su artillería en un lugar elevado y comenzaron á refrescarse: estarían á unos cuatrocientos pasos de los españoles, los cuales oían los brindis en que cada cual decía el número de españoles que se proponía matar. Quiso el duque saber el dictamen de sus capitanes sobre el plan de la batalla, y habiéndolos convocado, se pasó gran

parte del día en la discusión; porque el duque, Mr. de Formento y Mr. de la Palizza y Arce, alegaban razones por las cuales debían diferir la batalla hasta otro día; y Mr. de Alegre, Sandeyo y algunos otros eran de dictamen que luego sin perder tiempo se diese; que de no hacerlo así, perderían su reputación y la tardanza se atribuiría á temor, siendo tres veces más en número que los españoles. Conocía el duque que no era aquello lo que convenía; pero habiendo entendido que Mr. de la Palizza había ajado su honor y reputación culpándolo de remiso en perjuicio del valor de los franceses, les dijo: «pues señores, puesto que os place que hoy combatiendo pongamos fin á la guerra, peleemos; y si no satisfacgo á lo que debo al servicio del rey mi señor, á lo menos cumpliré con mi honor muriendo en la batalla.»

El viernes por la mañana contó el duque de Nemurs á sus amigos con mucha alegría un sueño que había tenido la noche anterior. Soñó que se había dado la batalla, de la que él había salido muy herido; pero que había sanado, y que el sábado por la mañana veía al Gran Capitán muy triste y lloroso, y él entraba triunfante en Barleta cubierto con un rico paño de brocado y le salían á recibir clérigos y frailes con las cruces como á vencedor; mas que no había allí ninguno de los suyos con otras cosas que en cierto modo salieron ciertas.

Adornado Gonzalo de Córdoba de las dotes de los insignes capitanes, valor, fortaleza, prudencia y astucia, no manifestaba en aquel lance crítico turbación alguna; pero no estaba tranquilo en su interior, conociendo el estado de su ejército por los trabajos pasados, y la superioridad numérica del ejército francés. Adivinando su descontento Diego García de Paredes, trató de animarlo diciendo: «mostrad, señor, la firmeza de corazón que sois en semejantes apuros; que yo os doy por cierto que estos pocos españoles que aquí estamos, mediante el favor de Dios, hemos de alcanzar victoria:» á lo que contestó el Gran Capitán: «hoy, Diego García, seamos vencedores, ó quedemos muertos en el campo como esforzados; que un buen morir honra toda la vida.»

Mandó el gran Gonzalo al capitán de los alemanes que se colocase con artillería en la retaguardia, porque si fuesen rotos tuviesen en ellos espaldas, y les encargó que no se moviesen de allí junto á unos olivares. El capitán le dijo: «deme V. S. por escrito lo que manda, firmado de su nombre:» «tomad mi anillo, dijo Gonzalo; mas el capitán se obstinó en que se le diese por escrito, lo que se hizo así que se encontró recado de escribir, y guardó la cédula.»

Dió el Gran Capitán *el santo*, que fue el patron de España Santiago; pero dijeron los espías que lo traían los franceses: *Saint Jaques*. Oyendo lo cual dijo Gonzalo con oportuna gracia: «¿pues no les basta querernos quitar la tierra, sino que quieren quitarnos hasta el Santo? Pues, sin embargo de eso, sea Santiago; que ciertamente lo hemos de tener hoy en nuestra ayuda.» En esto vino volando una cogujada y se posó en el pecho del Gran Capitán, lo que los agoreros pudieron interpretar por un feliz anuncio de la victoria; y Gonzalo, apretándola fuertemente la mató, y lo mismo hizo con algunas liebres que le presentaron cogidas en aquel campo. A este tiempo estaban los dos ejércitos á tiro de arcabuz.

Habían los franceses colocado su artillería en un sitio alto, y los españoles estaban en bajo; por lo que los tiros de aquellos pasaban una brazada por cima de los españoles, y no les causaban daño. El conde de Nochetto y Diego de Vera mandaron tirar algunos tiros que hicieron mucho daño; mas no pudieron tirar más, porque sucedió desgraciadamente que un lombardero que iba á cargar un cañón, derramó una bota de pólvora en el suelo, é hizo un reguero desde los carros de las municiones que llegó hasta donde el cañón se había de cebar, y al ponerle fuego cayó una centella en el suelo y el fuego corrió hasta dar en la bota que se inflamó y comunicó el fuego á las demás y se voló toda la pólvora, sin que quedase más que la que tenía un pedrero cargado. Gran sorpresa causó este repentino accidente en todo el ejército, y espantado de la desgracia Leonardo Alejo llegó corriendo al Gran Capitán y con gran aflicción le dijo: «¡ay señor, y qué gran mal nos ha venido! ¡la pólvora toda se ha volado! Oído lo cual por Gonzalo con muy alegre rostro le contestó: «¡Oh qué buena nueva me traeis! nada podría oír que más me regocijase: sabed que esas son las luminarias de nuestra victoria, la que tengo ahora por más cierta.»

Llegó entonces al Gran Capitán su tío don Diego de Arellano y le ofreció su caballo, que era blanco y muy corpulento, diciendo que era muy revuelto y de mucha furia. El Gran Capitán lo aceptó, y cabalgando en él lo halló muy bueno. Montaba Gonzalo á la estradiota (1), y vestía una coraza forrada de velludo carmesí y demás piezas de una rica armadura, y en el peto y espaldar llevaba cruces coloradas (serían de Santiago), y la cara descubierta, levantada la visera: sobre las armas un sayete de damasco blanco guarnecido con franjas de brocado: así que todo iba de blanco: sus armas eran espada y daga. Viéndolo así don Diego de Arella-

(1) Manera de montar con estribos largos tendidas las piernas y la silla con borrenes donde encajaban los muslos.

no le dijo: «señor, cubríos el rostro, porque vais muy señalado:» á lo que contestó Gonzalo: «señor tío, los que tienen el cargo que yo, tal día como hoy no han de cubrirse el rostro:» y descubierto lo llevó en toda la batalla.

En esto se llegó también á Gonzalo Hector Ferramosca y le dijo: «señor, aquí teneis á Agustino Ninfo que viene deseoso de ver cómo vence V. S.» Era éste un famoso astrólogo judicario con el cual holgó mucho el Gran Capitán, y Ninfo le dijo: «ó toda la astrología es burla, ó V. S. ha de ser vencedor, porque todos los astros é influencias lo demuestran, y así id á los enemigos, porque con la ayuda de Dios seréis vencedor.»

El Gran Capitán puso en orden su gente para esperar á los franceses, é hizo de su infantería tres escuadrones, uno de los alemanes y dos de los españoles. Colocó á los alemanes en una calle de las viñas: un escuadrón de españoles á la parte de Barleta, en que iba el coronel Villalba y los capitanes Pizarro, Zamudio, Coello, Escalada y algunos más: el otro á la parte de Cerinola, también en las viñas, en que estaban Diego García de Paredes y Pedro Navarro. Los hombres de armas mandados por don Diego de Mendoza, el duque de Térmoli y Próspero Colona, se situaron asimismo á la entrada de las viñas, y los caballos ligeros al mando de Fabricio Colona y Pedro de Paz quedaron fuera de las viñas en campo raso para que pudieran obrar con desembarazo. Luego mandó el Gran Capitán que éstos fuesen á contener á los franceses escaramuzando. Dió luego una vuelta á todo el campo animando á los soldados y llamando á muchos por su nombre, y ordenó á los arcabuceros alemanes, que eran 800, que de 200 en 200 rociasen á los enemigos.

Al fin los franceses creyendo á los españoles consternados con haberseles volado la pólvora, se fueron aproximando, y el duque de Nemurs, que tenía la vanguardia, alentando á los suyos, acometió con gran ímpetu al ala izquierda de los españoles, los cuales los recibieron con mucho valor y firmeza, y los hombres de armas, que los acometieron por los lados, hirieron en ellos animosamente y fueron rechazados. Cuando repuestos buscaban por dónde entrar para cargar sobre los españoles, fue muerto el duque de Nemurs de un arcabuzazo, y la misma suerte tuvieron Chandeá y Sandeyo, coronel el uno y capitán el otro de los suizos. Entonces los franceses con 800 hombres de armas, cargaron hácia donde estaba García de Paredes; pero los detuvo el foso y parapeto, y los alemanes por el frente y los hombres de armas por los lados, hicieron grande estrago en los enemigos. Por otro lado el Gran Capitán, que revolvía su caballo á todas partes á donde veía que era conveniente, arremetió con su escuadrón y algunos caballos ligeros y puso en fuga á los hombres de armas que mandaban los príncipes de Salerno y de Melfi, y esgrimiendo su espada sin temor ni reparo, seguido de algunos caballeros, como un león por medio de un escuadrón de borgoñones y picardos, se metió diciendo: «¡España, victoria, Santiago!» y no paró hasta que llegando al allérez, dióle tan gran cuchillada que le cortó el brazo por la muñeca y parte del asta, y tomando la bandera la dió á Alonso Lopez de Escalada. Al ver los soldados en tanto peligro la persona de su general por hacer las proezas que solía, se esforzaban más y ejecutaban cosas estupendas.

Hicieron aquel día prodigios de valor Próspero Colona y sus hermanos, Pedro y Carlos de Paz, don Diego de Mendoza, Hernán Suárez, Nuño de Ocampo, Diego de Vera, don Gerónimo Lloriz, Mercado, Espes, Alonso Gallego, Coello, Madariaga, Hernando de Alarcón, Diego García de Paredes, los dos Alvarados, Gil Nieto, Gonzalo de Aller, Olivera, Mosen Hoces y otros. Los suizos se portaron con más valor que los franceses; pues pelearon sin perder un palmo de terreno y todos murieron como varones esforzados.

Con la muerte del duque de Nemurs y de otros caudillos, la mortandad que había sufrido el ejército, y la fuga de muchos, desmayaron los franceses y se declaró la derrota. Algunos escuadrones, por huir, arrollaron rompiendo por un lado su propia infantería, que aun se batía con la española; y Mr. Alegre, Mr. de la Palizza, Luis de Arce, el príncipe de Salerno, el de Melfi que estaba herido y otros capitanes, como si entre sí se hubiesen puesto de acuerdo, tomaron una misma determinación, que fue ponerse en fuga, y reuniendo la gente que pudieron escapar, y unos se fueron al campamento que tenían á media milla de Canosa, Arce se fué al ducado de Benevento, Alegre á Venosa y los demás cada cuál por su lado. Los españoles persiguieron á los fugitivos por espacio de seis millas, matando á muchos y haciendo prisioneros, entre ellos á Mr. de Formento. Apenas quedaba ya media hora de luz, por lo que los capitanes franceses y el resto del ejército, á favor de la oscuridad de la noche se pusieron en salvo.

Cayeron en poder de los españoles la artillería, varias banderas y muchos y ricos despojos de los que gran parte llevaron los caballos ligeros, y lo demás lo mandó el Gran Capitán repartir sin tomar lo que á él pertenecía.

Los muertos del ejército francés pasaron de 3,700 entre ellos el general virey, duque de Nemurs, monsieur Chandeá, el duque de Trageto, su hermano el conde de Morcon, el señor de Milloc, hijo de Mr. Ale-



gre, y casi todos los capitanes suizos. El numero de los españoles muertos no se dice, y hay un historiador tan cándido y falto de crítica, que se atrevió á escribir que sólo murieron 9. Quedó el campo cubierto de cadáveres, de sangre, de lanzas, espadas, alabardas y arcabuces.

Los Colonas se fueron derechos al real, abandonado por los franceses, y entrados en la tienda del duque de Nemurs hallaron un grande aparador con bajilla de plata sobredorada y una muy suntuosa cena, como que esperaba haberla saboreado con la alegría de la victoria. Cenaron allí y durmieron en las camas del duque. El Gran Capitan los echó menos y estaba con mucho cuidado pensando no les hubiese sucedido alguna desgracia, y así los mandó buscar, y viendo que no parecían los lloraron por muertos; pero al otro día se presentaron con mucho alborozo diciendo al Gran Capitan: «mejor que V. S. supimos nosotros gozar de la victoria, pues cenamos en la tienda del duque y dormimos en muy buena cama;» de lo que holgó mucho el Gran Capitan.

Quedaron en el real, cosa estraña, algunas señoras, probablemente queridas de los jefes franceses, que habían cometido el desacierto de llevarlas á campaña. Habían concurrido asimismo al real muchos mercaderes con ricas mercaderías para vender á los franceses victoriosos. Mandó el Gran Capitan que las señoras fueran tratadas con toda atencion y respeto, y que los mercaderes fueran puestos en salvo.

Se hallaron copiosos víveres, y lo que es muy notable, se encontró hecho el repartimiento de los prisioneros y destinada una hermosa tienda para prision del Gran Capitan, cosa muy propia de la ligereza de los franceses; si bien es verdad que podían confiar en la superioridad de sus fuerzas sobre las españolas, por lo que la victoria de la Cerinola es ciertamente maravillosa.

Sentóse á cenar aquella noche el Gran Capitan con los capitanes de su ejército y prisioneros, entre los cuales estaba Mr. de Formento; y deseaba saber qué había sido del duque de Nemurs, porque lo apreciaba, y tenía por cierto que no era capaz de huir, por lo que temía no hubiese sido muerto. Servía la mesa un paje del Gran Capitan nombrado Vargas, el cual llevaba vestida una jornea (1) que conoció Mr. de Fomento, y dijo á Gonzalo: «Aquella jornea traía el duque sobre las armas.» Entonces preguntó el Gran capitan á Vargas de dónde le había venido aquella ropa, y respondió: «que yendo un caballero mal herido inclinado sobre el arzon delantero, había él llegado y lo había derribado del caballo, y desenlazándole la celada lo había acabado de matar, y que desnudándole aquella buena ropa, había llegado un soldado que tirando de ella le rasgó lo que le faltaba.—¿Sabrás, dijo Gonzalo, mostrarnos el sitio donde cayó ese caballero?—Sí sabré, contestó Vargas;» y levantándose de la mesa el Gran Capitan y todos los que con él estaban, así españoles como franceses, fueron con hachas de viento al sitio que indicó Vargas, y hallaron el cuerpo del virey desnudo y con una teja puesta sobre sus partes pudendas; y aunque tenía otras heridas además del arcabuzazo, ninguna parecía mortal. Reconocióle asimismo un paje por un gran lunar que tenía en la espalda.

El Gran Capitan mandó luego recoger el cuerpo del duque, llevarlo con mucha pompa cubierto con un paño de brocado y ponerle muchas hachas. Luego fue sepultado con toda honra en la iglesia del convento de San Francisco de Barleta, de donde algun tiempo despues fue trasladado al panteon de sus mayores.

Al otro día mandó el Gran Capitan que de los pueblos inmediatos fuesen azadoneros al campo de batalla y enterrasen los muertos, pagándoles medio real por cada cadáver, y les dió 3,000 reales, de lo que se infiere que murieron unos 6,000 hombres. Entre ellos se hallaron 35 heridos, que fueron llevados á la Cerinola para curarlos.

De los españoles que huyeron para evitar la batalla, unos como ya indicamos, se fueron á Manfredonia y otros á Barleta. Estos dieron por cierto que los españoles habían sido vencidos, y que todos habían quedado ó muertos ó prisioneros. Oida esta nueva por el capitan Francisco Sanchez, puso gran recaudo en la villa, determinado á defenderla; y Lezcano, que había quedado en guarda de las galeras, cuando oyó tal noticia, dijo á los que la dieron: «mal viaje hagais, judíos: el Gran Capitan no puede ser vencido por los franceses: señor capitan Sanchez, ahorcadlos porque huyeron y dejaron el campo donde tantos mejores que ellos murieron.» Tres horas despues se tuvo noticia de la derrota de los franceses, y si el Sanchez no lo estorbaba, el Lezcano ya había sacado de las galeras una compañía de vizcainos para llevarlos á la horca.

(1) Ignoramos qué pieza del vestido era una jornea, palabra que no se halla en el diccionario de la lengua castellana.

LUIS M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

ICHTHYOLOGIA.

Anuario de la comision permanente de pesca para 1869.—Resumen de sus trabajos y noticias referentes á la industria pesquera, redactado de órden superior por el vocal secretario Cesáreo Fernandez. Año segundo.—Madrid; tipografía de Gregorio Estrada, Hiedra 7.—1869 4.º.—(541 páginas y 4 tablas sinópticas al fin de la obra.)

AL SEÑOR CAPITAN DE MARINA  
DON CESAREO FERNANDEZ.

HABANA:

Wurtzbourg, 12 de noviembre de 1869.

Mi querido Cesáreo:

Aficionado á la caza, no faltan entre mis libros los principales de esta materia desde el *Cinegetycon* de Nemesius, hasta los escritos de Gaston Phoebus, Joseph Haschwood, Lopez de Ayala, Gratius Faliscus, Jules Gerard y otros varios de antaño y de ogaño. Pero en cuanto á obras de pesca..... la verdad, nunca habían entrado por los umbrales de mis puertas.

*Cette connoissance que bien des gens ignorent et à laquelle un très grand nombre n'a pas même songé...* En este número me contaba yo, y de él he salido poco tiempo ha, gracias á las curiosas obras que V. y S. Berthelot han tenido la bondad de regalarme. Pero como el pensar en la pesca no es entender de ichtyologia, lo único que pretendo es una modesta plaza de recluta en el ancho campo de los *probi homines piscatorum*.

Sentado este precedente, lo que yo pudiera decir á V. por activa y por pasiva, sería que el *Anuario de 1869* ha sido leído por mí sin desperdiciar una letra, y que me causó pena enterarme, *malgré moi*, de que la obra tenía, como todas las cosas del mundo, fin y acabamiento.

Entre las noticias bibliográficas que forman una de las secciones de su libro de V., se apunta el *Cetaron* de Lopez de Ayala. ¿Conoce V. dicho poema? ¿Lo ha visto V. impreso? Si la respuesta es afirmativa, bórre V. los siguientes renglones de la presente epístola.

Don Juan Sempere y Guarinos, (*Ensayo de una Biblioteca Española de los mejores escritores del reinado de Carlos III.*—Madrid.—1785-89.) dice al hablar de don Ignacio Lopez de Ayala:—«que tiene acabado un poema latino intitulado *Cetaron*, Lib. III. Expone en él todo lo perteneciente á la historia natural de los atunes, su mansion, pasaje, motivos de este, la antigüedad de su pesca en las costas de Andalucía, los instrumentos y maniobras que en ella se emplean, el saladero y el comercio que se hace de ellos, con todas las demás circunstancias que pueden contribuir á dar una completa idea de pesca tan famosa en tiempos antiguos y modernos. Trata al mismo tiempo de muchos puntos curiosos, así de física como de historia; por qué los atunes pasan siempre próximos á la orilla; por qué en un tiempo y no en otro; por qué son tan medrosos; por qué de algunos años á esta parte escasea esta pesca; por qué pertenece á la casa del duque de Medina Sidonia; cómo siendo el atun tan corpulento, tiene tan corto vientre y no se le halla en él comida sólida, y en fin cómo se conservan con otras particularidades.»

Copia Sempere, para dar idea del poema, tres docenas de sus versos referentes al comercio que hacían los españoles con este pescado, y da por terminada la reseña bibliográfica de Lopez de Ayala.

Soy aficionado á la pesca de papelotes, y el rio revuelto de su pais de V. siempre la proporciona ópima á los que usamos redes de plata. Entre otros peces adquiridos en el último lance, salió un cuaderno en folio, manuscrito en gallarda forma de letra del siglo XVIII, compuesto de 82 fojas de buen papel de hilo, y con el siguiente titulo:

IGNATHI LUPI AYALÆ  
CETARION  
SIVE

de *Thynnorum ad fretum Herculeum piscatura.*  
LIBRI III.

A pesar de que se advierte, en conformidad con lo indicado por Sempere, que el poema consta de tres libros, sólo el primero y segundo se hallan en el manuscrito de que me ocupo. Falta, pues, el libro tercero, y faltan las notas y apéndices á que deben referirse las repetidas llamadas que por medio de números arábigos encerrados en paréntesis, se hacen en el texto.

Con 681 versos aparece el libro I, que empieza diciendo:

*Herculeas fauces propero tranantia lapsu  
Agmina Thynnorum.....*

y acaba:

*Alcidæ sacrum quondam sculpsere monctis.*

Lleva en sus márgenes los siguientes epígrafes:

- I. *Propositio Operis.*
- II. *Dicatio et invocatio.*

- III. *Cur hæc scribat Poeta.*
- IV. *Qui de natura rerum scripserint.*
- V. *Thynni descriptio.*
- VI. *Mores.*
- VII. *Quæ patria.*
- VIII. *De Arctos mari.*
- IX. *Patria Thynnorum.*
- X. *Cetaria Bætica.*
- XI. *(Carece de epigrafe.)*
- XII. *Eorum origo Phenices.*
- XIII. *De littore Conilis.*
- XIV. *Conilensium mores.*

Describiendo Ayala la situacion de Conil y las costumbres de sus habitantes, les endilga estos versos.

*Ludibrium pelagi, fatisque exercita navis,  
Dum petit auxilium; dum barbara littora prensat  
Naufraga gens, votisque Deos, hominesque fatigat,  
Ecce ruens populus, furiis agitated Avernis,  
Arma movet, miseros spoliant scævique trucidant.*

*Acre virum genus est, (los de Conil), natum tolerare labores,*

*Corpora magna, animis magnique, et viribus æquis.  
Asueti ratibus glaciale innare subæcem:  
Indociles leges, supremaque jura subire,  
Seu fas sive nefas: culto gladive minaci  
Immeritam in cædem atque in aperta pericula currunt.*

Parece que esta fama no es mentirosa, pues cuentan (la verdad en su lugar) que aun hoy suelen los de Conil poner de noche luces en su peligrosa costa para engañar y atraer á los navegantes, apoderándose luego á viva fuerza del cargamento de los buques que fijamente zozobran en aquellos sitios. Y añaden que juzgan el botin tan de su propiedad, que á grandes voces imploran el favor del cielo para que las naves se estrellen, poniendo por mediadora de la súplica á la Santísima Virgen, á la cual se dirigen diciendo: *¡Madre mia, que dé en la laja!! ¡Que dé en la laja, madre mia!!* Junte V. con este rasgo, amigo Fernandez, el que V. refiere en la *Reseña histórica de las Almadrabas*, cuando al hablar de los conilese y de la cuestion por ellos sostenida sobre si la pesca del atun había de ser por el sistema de buche ó de tiro, escribe V. que—«tales medios pusieron en juego para fundar su opinion, que, oscuros pescadores de una villa sin puerto, sin comercio, sin navegacion, sin tráfico de ninguna especie, ocuparon por espacio de treinta años el tiempo y la atencion de las autoridades de marina, de los tribunales, de las más altas corporaciones del Estado y hasta de las Cortes.»

Si repara V. que en Conil, donde tanto abunda el pescado, es una rareza poderlo obtener, por la prontitud con que lo exportan; si tiene V. en cuenta que allí se verifican por unanimidad y sin que falte un sólo votante toda clase de elecciones, y agrega V. que los predicadores republicanos del año 1869 que tanto prestigio disfrutaban en los pueblos de Andalucía baja, fueron lanzados á piedra y honda de la villa que nos ocupa, tendrá V. algunas pinceladas que le den idea del carácter de este pueblo de pesca, cuyos vecinos, hasta en el vestir y en sus exageradas entonaciones é inflexiones, superiores á las de de los americanos, son tipo escepcional en la misma provincia de Cádiz.

Volvamos á los epígrafes del *Cetaron*.

- XV. *Fama loci.*
- XVI. *Cur Thynni prope tranent.*
- XVII. *Decete gladio.*
- XVIII. *Retium naviumque lustratio.*
- XIX. *Hispaniæ ab Africa divulsio.*
- XX. *Terremotus anni 1755.*
- XXI. *Veris descriptio.*
- XXII. *Quando piscandum.*
- XXIII. *Quæ observanda.*
- XXIV. *Officia cetari. Ductor.*
- XXV. *Numerator.*
- XXVI. *Curator.*
- XXVII. *Equites.*
- XXVIII. *Pares.*
- XXIX. *Turba.*
- XXX. *Specula. Speculator.*
- XXXI. *Qui noscant venientes Thynnos.*
- XXXII. *Nautæ. Naves.*
- XXXIII. *Nebulones.*
- XXXIV. *Gentis divisio.*
- XXXV. *L'usdem patriæ.*

Despues de hablar de los que desde Galicia, Asturias, Barcelona, etc., venian á trabajar á la Almadra- ba, añade:

*Nos quoque, vos Malacæ, perchelisque infima proles  
Pejores vestris tandem venistis in oras  
Mirati Thrasonas vobis exempla duros  
Turpia. Sed Gades (visu si credere dignum est)  
Abjectas animas, devotaque corpora truncis,  
Audaces impune manus, siccaria corda  
Si Malacæ objiciat, nigris victoria pennis  
Gadibus infandum certe concedet honorem.*



XXXVI. *Cur Thygni hæc preferat littora.*

XXXVII. *Fabula de Hercule et Bætis.*

El libro segundo consta de 683 versos; pero debo advertir que faltan dos hojas en la copia.

Empieza:

*Frustra, livor edax, crimen conjeceris in me...*  
y acaba:

*Mæsta timet; pravæ iterum amplexura sodales.*

El primer epigrafe es:

I. *Excusatio de nebulonibus,*

y disculpándose el autor de no ser el primero que haya descrito á los pícaros de la Almadra de Zahara, consigna que

*Pinxerat hæc olim felix Quijotidos auctor*  
CERVANTES *fœcem juvenes cum duril amicos*

*Errones, gentisque astus, animosque notavit.*

Seguiré copiando los restantes epígrafes del libro que nos ocupa.

II. *Concursus ad Conilem.*

III. *Puellarum patriæ.*

IV. *Psiches laus.*

V. *Itineris causæ.*

VI. *Signa à navibus observanda.*

VII. *Indicia Thygnorum et specula.*

VIII. )

IX. )

X. ) (Laguna por falta de dos fojas.)

XI. )

XII. *Ejus cursus et opere.*

XIII. *Plumbum et cortex.*

XIV. *Natator.*

XV. *Equitum auræ.*

XVI. *Concursus ad littus.*

XVII. *Thygnorum cædes.*

XVIII. *Astensis lapsus.*

XIX. *Celsi victoria.*

XX. *Juvenis altera.*

XXI. *Nebulorum strages.*

XXII. *Thygnorum ova.*

XXIII. *Nebulorum lusus.*

XXIV. *Taurilium imitatio.*

XXV. *Latronum ludus.*

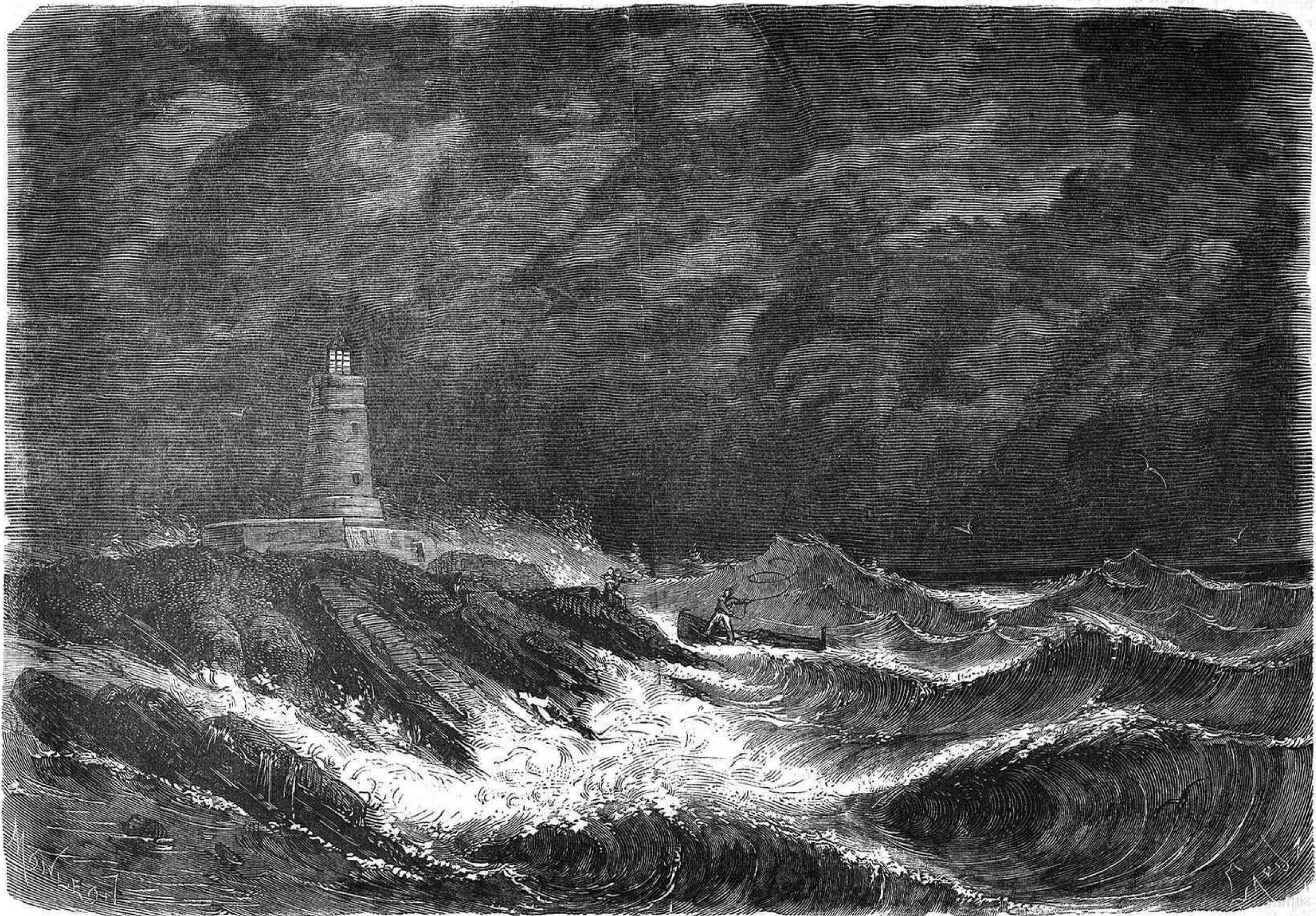
XXVI. *Meropum ludus.*

XXVII. *Somnus.*

XXVIII. *Panis largitio.*

XXIX. *Thygnorum adventus.*

XXX. *Alii superveniunt.*



EL FARO DE LA HORMIGA DURANTE EL ÚLTIMO TEMPORAL.

XXXI. *Ratum localio.*

XXXII. *Omnium sollicitudo.*

XXXIII. *Tertio Thygnum superreniunt.*

XXXIV. *Gentis perturbatio.*

XXXV. *Cetarion impeditum.*

XXXVI. *Advenarum Cæne.*

XXXVII. *Saltationes.*

XXXVIII. *Fæminarum obtrectatio.*

Por último en el capítulo XXXVIII se ocupa de las mujeres de Cádiz (*Gaditanæ*) de las cuales dice:

*si gaditana procaci*  
*Incipiat prurire choro, si turbida lumbos*  
*Excitiat tremulos, si oculos fulgore micantes*  
*Flexa caput jaciæ retro, et saltantis amici*  
*Calce quieta pedem paulum terat; improba quales*  
*Ionios refert soboles Egiptia motus.*

Termino aquí mi relato y paso á decir á V. dos palabras sobre el *Anuario* de 1869.

Mucha parte de este libro ofrece atractivo sólomente á los interesados ó peritos en la pesca; pero la maña, el talento y la habilidad suma de V. ha estado en presentar su escrito con tal y tan discreto artificio, que ha convertido V. en sabroso caramelo la parte de píldora que para nosotros los legos pudiera ofrecer su erudito y discretísimo trabajo. La reseña de las almadras; las noticias del *mar menor* en Cartagena; la importante

sección consagrada á bibliografía y en la cual copia V. por entero el *Catalogo d'ells los peixos en lo mar de Valencia*; los curiosos datos sobre acuarios; el excelente escrito del señor Graells, sobre los productos de las playas de España; el tratado de esponjas, testáceos y corales; el capítulo dedicado á la ostricultura donde nos dice V. el gran comercio que de tales moluscos se hace en Nueva York; las 1,500 embarcaciones que allí se dedican á este tráfico; la casa de Fair Haven que sostiene máquinas de vapor para trabajar en los barriles que sirven de envase á las ostras; el sistema de pescarlas y la descripción de los criaderos; las *oyster houses* de la América del Norte; los instrumentos usados para abrir el molusco y la rapidez con que operan los que á dicha faena se dedican; las recetas de sopa, escabeche y fritura que V. inserta en su libro; (por cierto que el último guiso me era desconocido, y hecho por mí *secundum artem*, lo califico de superior) los útiles aprovechamientos que se dan y pueden darse á las conchas, etcétera, etc., todo esto y otras mil cosas que omito, son de verdadero interés y de utilidad suma.

Con objeto sin duda de hacer descansar al lector, ha puesto V. como postre del *Anuario* una sección de *Noticias curiosas*. De ellas no puede formarse idea sin leerlas, y por cierto que ni la dama habituada á reparar novelas, ha de hallar larga la colección reunida por V. Esos cangrejos que de punta á punta de sus patas miden cuatro metros; el dorado que vomitó 32 ha-

las en la fragata *Numancia*; el sistema de matar las ballenas con veneno; la sepultura que, semejante á la de Jonás, halló don Inigo de Mendoza en el vientre de un pez; los animales pescadores; la fabricación de perlas artificiales; el monstruo marino con forma análoga á la humana; las indicaciones y presunciones de las causas que pudieron dar valor suficiente al hombre que primero se aventuró á comer una ostra cruda..... todo esto merece en rigor el título de ameno y de curioso.

Un cervantista tan distinguido y del talento de V. (probado y acreditado en el *Cervantes marino*) no podía dejar de recordar en su libro al autor de *El Ingenioso Hidalgo*. Menciona V. el *cabial*, advirtiendo que debió ser vulgar en el siglo XVII por la descripción que de él se hace en el capítulo 54 del Quijote. Permítame V. que le diga que, á mi parecer, no era necesario que fuese vulgar para que el *Manco de Lepanto* lo nombrase: recuerde V. que también habla en su famoso libro de los francolines de Milan, faisanes de Roma y ternera de Sorrento, platos nada vulgares en el siglo décimoséptimo, ni tampoco en el presente décimonono.

Y supuesto que llegó el turno á la murmuración, dispénseme V. que me separe de su sentir en lo que V. asienta colocando á Cervantes entre los hombres ilustres apasionados de la ostra. Asegura V. que pasaba por uno de ellos y—que en sus novelas satirizó á los «especuladores de su pesca.»—En cuanto á que le



gustasen las ostras ni lo afirmo ni lo niego: posible y probable es que le agradasen; el que puso sobre la mesa—«la gran cazuela llena de tajadas de bacallao frito, medio queso de Flandes, una olla de famosas aceitunas, un plato de camarones y gran cantidad de canchales»—..... no debía ser enemigo del marisco. Pero de esta presunción á asegurar que satirizó á los

especuladores de la pesca de ostras media un abismo. No, amigo Cesáreo; no hay tales carneros, como dicen ustedes los españoles; yo le apuesto á V. doble contra sencillo, á que no me señala en las ediciones fehacientes de las obras de Cervantes el texto que V. cita. V. ha sido engañado por J. G. Bertrand, que fue, según creo, el primero que soltó la mentirosa especie de que trata-

mos en *The natural and economic history of the oyster*. Si me he detenido en esta pequeñez, absuélvame mi manía cervantesca y recuerde V. que *trahit sua quemque voluptas*.

V. que tan bueno es, no dudo que dispensará mis impertinencias y que me hará favor de dar al señor Graells, á quien sólo por su nombre y escritos conoz-



EL EMPERADOR DE AUSTRIA, FRANCISCO JOSÉ Y SU HIJO RODOLFO, VESTIDO DE CAZA.

co, una norabuena tan sincera como poco valiosa. La honradez de este sugeto se ve clara y patente en sus producciones literarias.

El amigo Mariano Pardo de Figueroa, que se halla presente, pues en la actualidad es mi huésped, me encarga mil y mil recuerdos y gratitudes para V.; y V., señor don Cesáreo, sabe que tiene habitación y mesa en esta casa y que para recibirle en ella se encuentran siempre abiertos los brazos de su amigo muy seguro,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

### EL EMPERADOR DE AUSTRIA

FRANCISCO JOSÉ Y SU HIJO RODOLFO, VESTIDOS DE CAZA.

Ciertamente el actual emperador de Austria es uno de los mas entendidos é infatigables cazadores que existen; pues no solo puede figurar con ventaja entre los príncipes y grandes señores que cultivan esta afición, sino aun entre los tiradores que habitualmente se dedican á ella como medio de subsistencia.

Desde su infancia manifestó este monarca una gran-

de inclinación á la caza y demás ejercicios corporales. Era su mayor placer salir de la corte con escasa comitiva para aventurarse en las montañas de la Stiria ó del Austria meridional hácia donde principalmente guiaba sus escursiones venatorias, que á veces duraban muchos días.

Proclamado á los diez y ocho años emperador de Austria por la abdicacion de su hermano mayor Fernando I, no olvidó Francisco José los agradables ejercicios de su primera edad; pues si bien hubo de inter-



rumpirlos con los cuidados de la sublevación húngara y la guerra de Italia, terminadas que fueron, volvió á cultivar su afición favorita, para la cual posee envidiables dotes. Es andador infatigable, tiene gran serenidad en el peligro, vista perspicaz y puntería segura, y reconoce en el menor indicio la pista que debe seguir para alcanzar las reses. De estas cualidades, y en particular de su excelente puntería, dió notable muestra durante su permanencia en Francia; pues en los dos días invertidos en Compiègne en la cacería á que le convidó Napoleón III, mató 600 piezas, siendo la admiración de los demás cazadores.

En cuanto á su hijo el príncipe Rodolfo, de edad de nueve años, acompaña á su padre en las excursiones, dando pruebas muy superiores á su tierna niñez de sufrimiento, valor y puntería; por lo que se cree que ha de igualarle, ó tal vez con el tiempo escoderle.

Nuestro grabado representa exactamente el traje de caza del emperador y de su hijo. Se compone de un sombrero de fieltro verde con adorno de pelo de gamuza y plumas, una corbata de seda de color vivo, un gaban gris con cuello verde y adornos del mismo color, chaleco y calzon corto de cuero, las rodillas desnudas como los montañeses de la Stiria, gruesas medias de lana verde y botines fuertes de cuero negro. Lleva además su inseparable fusil de precisión y un largo palo herrado para ayudarse en la aspereza de las pendientes, según costumbre del país.

Para completar esta noticia añadiremos algunos datos biográficos. Francisco José, emperador de Austria, rey de Hungría y de Bohemia, nació el 18 de agosto de 1830, del archiduque Carlos y de la princesa Sofía, hija de Maximiliano, rey de Baviera. En diciembre de 1848 sucedió en el trono á su hermano mayor Fernando I, por voluntaria abdicación de éste. En 1854 casó con la princesa Isabel Amelia Eugenia, hija de Maximiliano José, duque de Baviera, de cuyo matrimonio ha tenido dos hijas y un hijo, Rodolfo, cuyo retrato acompaña al de su padre en el presente número de EL MUSEO.

## LOS CUATRO GUARDIAS

DEL EMPERADOR DE AUSTRIA.

Además del antiguo y fiel ayuda de cámara que nunca se aparta del emperador, le acompañan en sus largas y aventuradas cacerías sus cuatro guardias *portafusiles*, cuyos retratos, copiados de las exactas fotografías de Mr. Disdéri, damos hoy á nuestros suscritores.

Estos cuatro guardias de corps se llaman: Perner, Petterá, Franaseck y Kaffle: su vestido se compone de un gaban de paño verde, con cuello de terciopelo adornado de hojas de encina bordadas con plata, pantalón azul, botas de montar y un kópis con una escarapela formada de plumas cortas.

Su oficio es acompañar al emperador en sus frecuentes cacerías y tener cuidado de sus armas. Estas armas, fabricadas por el célebre Springer de Viena, son de una solidez y ligereza extraordinarias; ofreciendo cada fusil la particularidad de un pequeño resorte adaptado á los perros, cuyo resorte, vuelto hácia la izquierda, sujeta á estos animales, y vuelto hácia la derecha, los deja en libertad para perseguir la res, procurando así evitar todos los accidentes posibles.

Los fusiles de caza del emperador son diez, todos perfectamente iguales y guardados en estuches de cuero de Rusia. Además tiene varias carabinas de precisión para la caza de gamuzas.

Excusado es decir que los cuatro guardias de corps mencionados son infatigables y entendidos cazadores; pues por esta cualidad han sido escogidos para su inmediato servicio por el emperador Francisco José de Austria.

## EL FARO DE LA HORMIGA

DURANTE EL ÚLTIMO TEMPORAL.

Nuestros lectores conocen por los periódicos la espantosa borrasca que acaba de combatir las costas de Levante, produciendo naufragios de buques nacionales y extranjeros y no escasas pérdidas de hombres y mercancías. Entre todos los episodios á que ha dado lugar, ninguno tan interesante por sus particulares circunstancias como el que, en el presente número con la mayor exactitud verán reproducido nuestros lectores en el adjunto grabado.

Los pormenores de la catástrofe ocurrido en el faro de la Hormiga, son los siguientes:

Las aguas, combatiendo en medio de un temporal deshecho la torre del Faro, arrastraron sucesivamente todos los muebles y útiles del establecimiento, y por último á la familia del Torrero. Este desgraciado se defendió cuanto pudo de las olas, luchando para salvar á su familia, y viendo perecer sucesivamente á su esposa y tres niños arrebatados por los embates del mar. Pró-

ximo á sucumbir también, y teniendo á su último hijo en los brazos, fue recogido con un valor heroico y entre inminentes peligros de muerte, por el patron de la barquilla agregada al servicio del Faro. El desventurado torrero se encuentra, así como su hijo, en un trágico estado de prostración y desaliento. Mucho sentimos no saber el nombre del caritativo y valiente patron que les salvó la vida, esponiendo la suya; mas esperamos que sea publicado y que se recompense de alguna manera una acción tan generosa y humanitaria.

El Faro de la Hormiga Grande está situado en lo mas elevado del islote conocido por el mismo nombre á 2 millas N. 57° E. del cabo de Palos. Su luz fija alcanza 10 millas, y se halla á 25 metros sobre el nivel del mar. Es catóptico de quinto orden: su torre de 12,4 metros de altura, es ligeramente cónica, de color blanco perla y situada en el centro de la habitación de los torreros. Fue construida en 1862.

Nuestro grabado representa el momento en que el patron de la barca de auxilio se acerca á salvar á los naufragos en lo mas fuerte del temporal.

## A M.....

EL ¡AY! DE MI ALMA.

Escucha bien, querida,  
las trovas de tu amante,  
que tiene ya perdida  
su mas bella ilusión.  
Recoge de mi pecho  
los últimos suspiros,  
que son ¡ay! el deshecho  
del yerto corazón;  
y guárdelos el tuyo,  
sepulcro de mi dicha,  
cual guarda en su capullo  
la mas modesta flor  
el germen de perfume,  
en tanto que yo sigo  
la estrella que desune  
los lazos de tu amor.

Si algun dia en la vida  
que hermosa te deseo,  
el sol que te ilumina  
dejara de brillar,  
trocando los placeres  
que halagan tu presente  
por negros padeceros,  
recuerda mi penar;  
pero si la fortuna  
sonrie tu existencia,  
meciéndola en la cuna  
de un bello porvenir,  
entonces, sé dichosa,  
no nuble tu ventura  
mi suerte borrascosa,  
no te acuerdes mí.

M. DE REGÜLES.

## LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

—Tranquilizaos, señorita; empiezo á creer que la casualidad es un dios cuyos errores debemos bendecir muchas veces... ¡oh! en esta ocasion, ¿cuántas gracias no tengo que darles?...

—¿Cómo?

—Ciertamente,—continuó don Tello.—¿A qué debo más que al azar el encontrarme hoy más dichoso aun de lo que ayer me creía? Aquí me teneis dispuesto de todas veras á amaros más de lo que hubiera amado á la emperatriz. Vos, señorita, eclipsais á todas nuestras bellezas del Tajo. Además, no me explico por qué, pero los dulces perfumes que aquí se exhalan, esos mil espejos, esos juegos de agua, todo le pone á uno en cierto estado de éxtasis, contra el cual no hay fuerzas con qué defenderse. Sois de palacio; eso se conoce á primera vista; pero sois muy jóven todavía para saber bien lo que es la córte. ¡Ah! si de algo pueden servir mi experiencia y mis consejos...

—Os doy infinitas gracias, caballero,—interrumpió Arrika;—la emperatriz no me dió orden alguna de esperar aquí por vos. Permitid, pues, que me retire.

—¡Retiraros! ¡Ah! no. Es preciso que me concedais algun consuelo, aunque no sea mas que para resarcirme de la pérdida que me haceis sufrir despojándome de ese presente en el cual habia yo cifrado, desde ayer, pensamientos de porvenir y de fortuna. De ese lazo que yo creía deber á Catalina...

—¿Y que me debéis á mí!—replicó la jóven fijando sus lindos ojos en don Tello.—Sí, caballero, yo soy la que he cometido la falta de entregároslo; pero sois demasiado galante para aprovecharos de semejante error y me devolvereis ese lazo, porque pertenece á otro.

—¿Y se puede saber á quién?—preguntó don Tello

resentido.—¿Me creeríais capaz, señorita, de adornarme con las plumas del pavo real? Ese lazo aquí está; pero sólo lo entregaré con dos condiciones: la primera, que me direis el nombre del caballero á quien Catalina lo destinaba; la segunda,—añadió bajando la voz,—que me concederéis... un beso, en cambio de esta restitución.

—A la verdad, caballero, fijais un precio exorbitante á vuestros servicios. Sin embargo, me someteré á la segunda parte del tratado, una vez que las fiestas de Pascua duran todavía.

—Sí, en este tiempo carecen los besos de importancia...—dijo don Tello con tono burlon, apoderándose de una mano de la amable niña.—Pero, ¿por qué formais tanto misterio del nombre de ese dichoso caballero?

—Por que esa es la orden de la emperatriz y yo debo obedecerla en todo.

—Vaya luego por el beso,—repuso don Tello arrancando él mismo de su espalda el lazo imperial.—Tened presente, señorita, que os sacrifico una fortuna, y si lo considerais bien, ¡comprenderéis que es muy poco un beso para pagar todo esto!

Don Tello habia aproximado sus labios á la encantadora mejilla de Arrika, cuya mano oprimia ya el famoso lazo.

Transportado por este beso el portugués, intentó repetir otra vez la escena, pero la jóven le amenazó con castigarle á la primera tentativa... La amenaza no hizo más que aumentar los deseos de don Tello.

—Las portuguesas traen consigo un puñalito,—pensó;—pero las damas de Catalina deben ser más humanas!

Se adelantó nuevamente sin hacer caso de la prohibición de Arrika. Esta, arrancando una hoja de una palmera y llenándola de agua en el estanque, la vació sobre el rostro del Lovelace portugués.

—¡Ahí teneis un magnífico remedio contra los incendios, caballero!—dijo la traviesa muchacha.—Siento mucho que haya perjudicado vuestros bordados, pero tened presente que estábais prevenido de antemano.

Don Tello se sonrió algo confuso, pero resuelto á aprovechar la primera ocasion que la casualidad le deparase.

Arrika, pensativa, habia levantado una de las cortinas de la galería y dirigia sus miradas á una calle de árboles golpeando con su diminuto pie el suelo sembrado de plantas extrañas. No se cuidaba verdaderamente en aquel instante de don Tello, ni de las flores de Catalina. Pensaba en su malhadada equivocación de la víspera. ¿Cómo haria llegar ahora aquel lazo á las manos del caballero? ¿Cuándo le veria? ¿En qué sitio?

Don Tello entre tanto admiraba la pajarera de doradas rejas colocada en una de las extremidades del invernadero.

Nuestro buen portugués se enjugaba del mejor modo posible con su pañuelo el agua que inundaba su semblante.

Dió algunos pasos acercándose á Arrika; pero viendo que la jóven no volvía la cabeza:

—Señorita,—dijo,—por desgracia tengo que dejaros. Ciertamente me llama á otra parte... junto al bosque de la Ermita. ¡Un duelo! ¡nada más que eso! ¡Si fuera por vos! Pero, figuraos que voy á batirme con un ente original que me ha entregado ayer su tarjeta en medio de la calle... un francés, cuyo nombre...

—¿Un francés!—preguntó vivamente Arrika.—¿Un francés, decid!

—Sí; algun pisaverde caído aquí de Versalles, de esos que os llegan todos los días...

—Pero... ¿su nombre?

—Lo he olvidado... ¡ah! esperad... debo tener aquí su tarjeta... sí... ¡mirad!

—¡El caballero de Luz!

—Eso es... Luz... sí, sí, Enrique de Luz.

—¡Y es con él con quien debéis batiros!—exclamó Arrika sobresaltada.

—Con el mismo. Es un modo de trabar conocimiento como otro cualquiera. Le he visto ayer por primera vez ó, más bien, le entrevi, porque era de noche, y... y es necesario que le mate hoy á las cuatro.

—¡Caballero! ¡caballero!—prorumpió Arrika.—¡Oh! ¡Eso es imposible!

—Esas cosas siempre son posibles, señorita; podeis creerlo.—Respondió friamente don Tello.

—¡Ah! Caballero, quien quiera que seais, ¡no os batáis, por compasión! ¡Buscad un medio de evitar ese duelo!

—¡Un medio! ¿No sabeis, señorita, que eso no es posible cuando el honor se halla comprometido?

—En vuestro lugar yo encontraria mil. Decidme: ¿qué mal os ha hecho ese pobre jóven?

—Ninguno, absolutamente ninguno...—contestó don Tello.—Y á lo que debo presumir por nuestro encuentro de ayer... le supongo valiente.

—¡Oh! Podeis creer que lo es. No lo dudeis. Estoy segura de ello.

—¿Le conoceis por ventura?

—¡Si le conozco! Sin duda alguna, caballero. A él es á quien corresponde de derecho este lazo; ¡á él es á quien la emperatriz quiso recompensar!... en una palabra, ¡á él es... á quien amo!



—¡Hola! ¡Hé ahí lo que me decide!  
—¿A no batiros?  
—¡A matarle!  
—¡Porque le amo!  
—Justamente; al menos tengo ya un motivo.  
—¡Caballero, por piedad!  
—Un rival no la merece! ¡Ah! ¡No sabe todavía ese hidalgo con qué espada tiene que habérselas! Por de pronto me halaga la idea de que ese duelo no dejará de hacer ruido. ¡Estais colocada, señorita, entre Francia y Portugal! ¡Meditadlo!

Y don Tello se frotaba las manos.  
—Pues bien, caballero,—exclamó Arrika,—ese desafío... ese desafío... no se llevará a cabo.

—¡Ah!... ¿Por qué... si os place?  
—Porque yo misma pondré en conocimiento de la emperatriz cuanto pasa... ¡oh! ¡Yo tengo algún poder, señor mío! Iré a ver a Catalina y se os pondrá seguramente en el caso de tener que renunciar a vuestro proyecto. Sabed que consigo de ella lo que quiero.

—¿Qué mujer es esta?—pensó don Tello.—¿Será cierto lo que dice? ¿Dónde diablos me habré metido?

—Sí,—prosiguió Arrika,—asi lo haré y... pero, ¿qué ruido es ese? ¡Gran Dios!—exclamó, levandole la cortina,—¡es la emperatriz! ¡Estoy perdida!

—¡Qué decís! ¿Cómo puede ser eso cuando tanto poder teneis aquí que os basta pronunciar una palabra para conseguir lo que quereis?

—Dejaos de bromas, caballero; ¡os repito que estoy perdida!

—¿Y qué puedo hacer en vuestro auxilio?—preguntó don Tello.—Yo creo, señorita, que no hay motivo para alarmaros de esa manera. Os encontrará aquí conmigo. ¡Pardiez! No sé que tiene esto de grave. Una hermosa joven y un caballero que no es mal mozo. ¡Quién sabe si todo ello será para nosotros un principio de fortuna!

Hablando así el portugués se contemplaba en uno de los espejos del invernadero.

—No os hagais ilusiones,—replicó Arrika;—debo preveniros que correis grandes peligros. Las leyes de Catalina son terribles para todo extranjero que penetra en el palacio imperial. ¡Vuestra vida se halla gravemente comprometida!

—¡Mi vida! ¡Diablo! ¡Esa es cosa muy seria!—exclamó don Tello algo menos tranquilo ya.—Por lo que decís, veo que el partido mas prudente será el de huir el bulto... pero... ¿por dónde? No hallo otra salida sino la que pueda proporcionarme este laberinto de malezas... y... está sembrado de espinas!

—Ya estais enterado de todo, caballero,—dijo Arrika,—y la emperatriz va a llegar. Acaba de dar órdenes en esa calle de árboles inmediata...

—¡Vayan al diablo los lazos y las damas de honor! prorumpió don Tello deslizándose entre las zarzas.

La joven, a pesar de sus temores, no pudo contener una sonrisa al verle, aun bien no habia entrado en el laberinto; preso por los faldones de la casaca en las espinas de las malezas.

La puerta del invernadero imperial se abrió en seguida y apareció la emperatriz.

Arrika tuvo solamente el tiempo necesario para ocultarse detrás de una de las mamparas de esta inmensa sala. La pobre niña apenas respiraba poseída de terror.

Catalina se sentó. Un momento despues entró un joven.

¡Arrika reconoció en aquel joven al caballero Enrique de Luz!

## VIII.

## UN CABALLERO.

Enrique de Luz vestía una casaca azul de corte irreprochable; su cabeza estaba empolvada con maravilloso esmero y se parecia bastante a un pastel de Latour. Era un hermoso caballero, cuyo aire ingenuo y modesto hacia sobresalir sus brillantes cualidades. Los calaveras de París le llamaban riendo una señorita, y su fisonomía retrataba exactamente, a decir verdad, la sencillez de su alma.

Siguiendo un parecer contrario al de sus maestros en el arte de agradar, siempre habia creído que era preciso un mérito singular para conmovier a una mujer; y esta falta de confianza en sus propias fuerzas, le habia hecho perder más de una envidiable ocasion. Su primo el conde de Lauragais, diestro y consumado profesor en esta materia, se burlaba de él con mucha frecuencia a causa de su timidez; pero Enrique conservaba esa indecision y ese embarazo que tanto agrada a las experimentadas coquetas, porque se prometen el placer de educar a su manera a los jóvenes de semejante escuela.

La emperatriz, al reconocerle de dia, sintió una turbacion particular. El joven se habia arrodillado delante de ella con respeto, y acababa de besarle la mano como lo hubiera hecho en medio de una presentacion oficial. Catalina se sonrió, indicándole el divan que ocupaba para que se sentase a su lado.

Si el caballero hubiese leído el *Sofá* de Crebillon, no se encontraria tal vez tan embarazado; pues la sola idea de hablar a la emperatriz sin testigos y de cerca agolpaba a su cerebro mil confusos pensamientos.

La noche anterior no habia visto aquella mujer sino a la claridad de las estrellas y al resplandor de las hogueras encendidas en las plazas de Petersburgo; al volverla a ver de dia le pareció aun más bella... Catalina fue la primera a romper el silencio, viniendo en auxilio del pobre joven, que no sabia verdaderamente lo que le estaba pasando.

—¿Sabeis, caballero, que para cumplir la promesa que os hiciera venir aquí, promesa bien imprudente por cierto, fue necesario que vuestro interés por mí me hubiese conmovido en extremo? ¡Qué se diria, buen Dios, si llegase a saberse que la emperatriz estaba solo en este momento con vos! Indudablemente bastaria para perderme la menor cosa, fruto del aturdimiento ó de la malignidad. Una dama de honor cualquiera, por ejemplo, a quien se le ocurriese venir a respirar el aroma de las flores... ¡Verdad es que tambien la culpable se perderia para siempre!

Catalina pronunció estas palabras últimas dejando ver en sus negras cejas un pliegue amenazador.

Luego prosiguió, sonriendo:

—Pero, tranquilizaos; nada habré que temer. ¡Cómo tiembla vuestra mano! Vamos, si os inspiro miedo, me marchó.

Y examinó al caballero con tierno interés.

—Me perdonareis por de pronto el ser curiosa,—continuó la emperatriz.—Venís de Francia, del pais de las aventuras... ¿podré saber, caballero, a qué incidente debe la Rusia vuestra preferencia?

El caballero se puso encarnado de rubor fijando sus miradas en la punta de sus pies, tan pequeños como los de una mujer.

—¿No me respondeis? No es el ministro de policia quien os interroga. Veamos, yo soy buena y voy a ayudaros un poco. ¿No habrá sido causa de ese destierro voluntario algun pesar, algun resentimiento?... ¡Un amor desgraciado quizás! Si he adivinado, aceptadme como confidente!...

—Os engaiais, señora, respondió por fin Enrique de Luz.

—Sin embargo, convenid conmigo en que en vuestra corte hay encantadoras muy temibles... la Dubarry... las de Vintimille... El amor, se dice, es el gran negocio de los que no los tienen; confesad que desde muy temprano os habeis ocupado en ese negocio. ¡La moda ejerce un imperio tan grande en vuestro pais, que estariais celoso de lo que los jóvenes de vuestra edad contasen referente a sus aventuras amorosas, si vos no pudiérais referir tan bien alguna cosa semejante! No podeis figuraros cuánto deseó saber el resultado de vuestra primera campaña de ese género. Vamos, caballero, podeis hablar francamente conmigo. Aunque mujer, tengo algo de coronel... ¿no me habeis visto alguna vez de uniforme? Será preciso que pase alguna revista a mis tropas, mientras estais en Petersburgo.

—Me perdonareis, señora, si nada puedo deciros respecto a ese particular que tanto excita vuestra curiosidad. En esa corte de que me hablais, y que apenas conozco, no se ha conmovido mi corazon más que al oír un solo nombre... ¡y ese nombre era el vuestro! La gloria de Catalina ha sido desde muy temprano un culto para mí. Creedme, señora,—añadió Enrique animándose,—no es dado a todas las cortes poseer una mujer reina y literata a un tiempo, que en el mismo dia escribe admirablemente a Voltaire y firma la orden de someter a la Turquía; que consagra su reinado por medio de monumentos útiles; que reforma la legislación y favorece el comercio y la industria! Llego de un pais donde ha sido saludado a su aparicion el astro de la Rusia; y al hablar asi a V. M. sirvo de eco a todo el mundo. Los más eminentes personajes de Francia me envidiarían seguramente la honra que disfruto en este momento; honra que solo a la casualidad y no a mi merito debo!

Enrique dijo estas palabras con tanto entusiasmo que causaron un efecto extraordinario en la emperatriz. Aunque amase poco a la Francia, y que esta nacion fuese para ella lo que eran los griegos para Alejandro, los elogios que acababa de oír, la conmovieron sobre manera.

—Sois cortesano, caballero,—dijo a Enrique.—¿Por qué habeis abandonado tan pronto la corte de Francia?

—¿Por qué?—respondió el francés,—¿por qué? Porque Versailles ha sido para mí el primero y el más triste de los escollos con que tropecé. ¡Ah, señora! Vuestra bondad me estimula a hacer os una confianza que la prudencia me obligaba tal vez a callar. ¡Soy el ejemplo vivo de la mayor injusticia! Asi como me veis, señora, estoy desterrado, proscripto por la mas tonta y páfida acusacion. ¡Todo por un... epigrama!

—¡Un epigrama! repitió Catalina sonriéndose.—¡Ah! contadme eso, caballero.

—¡Si a lo menos fuera yo el autor de ese crimen en cuatro versos! dijo Enrique suspirando.

—¿No es vuestro el epigrama? ¡Eso sí que es curioso! Se os habrá convertido en un editor responsable. ¡Pobre joven! ¿Y contra quién iba dirigida esa obra maestra? añadió Catalina, inspirada por su ordinaria malignidad.

—¡Contra la favorita, la Dubarry!

—¡Contra la Dubarry! ¡Veamos... debe ser cosa buena!

—¿Quereis oír los versos?

—Sí.

—Empiezan de esta manera: *A ti sultana decrepita...*

—¡Ah! ya sé... ya sé... interrumpió la emperatriz algo turbada.—Recuerdo que uno de mis cortesanos los ha traído de Francia... ¡Oh, verdaderamente forman un epigrama sangriento!

—Ya lo creo; lo que no comprendo es por qué mi primo el conde de Lauragais se complacia en hacerme recitar delante de todo el mundo.

—¿Sois primo del conde de Lauragais?

—¡Esa es mi desgracia! Si no fuera asi no hubiera tomado de memoria la tal sátira que causó mi perdicion. Se reunian en su casa innumerables personas de la corte y de la ciudad que me oyeron repetir mil veces los dichos versos, que mi primo me aseguró haber recibido de un señor ruso, cuyo nombre se olvidó de decirme...

—¿Y os han arrestado?

—En el hotel de Polastron, en una cena, a cuya conclusion recitaba yo semejante locura. Un guardia del rey me ordenó que le siguiese y me condujo a sufrir una especie de careo con Lauragais en casa de la misma favorita.

—¿Y qué ha pasado allí?

—Mi primo, el mayor calavera del mundo, se precipitó a los pies de la Dubarry, exclamando: «Señora, os doy mil gracias por no haber mandado encerrar en la Bastilla a este joven imprudente, enviándolo únicamente, por pura bondad, fuera del reino de Francia. Los viajes le formarán, no lo dudeis, y debe estaros agradecido.» Despues de haberme defendido de esta manera extraña se marchó, y yo, a pesar de mis justas protestas, fui conducido aquella misma noche a la frontera.

—¡Efectivamente, caballero, se han portado con vos de un modo indigno! ¿Y no habeis conseguido descubrir el autor de ese maldito epigrama?—preguntó Catalina fingiendo admiracion.

—No, señora; pero sabe Dios que más de una vez tuve tentacion de dar las gracias a la Dubarry.

—¿Cómo?

—Sin duda alguna. ¿No fue ese un medio de conocer quién podria interesarse en mi desgracia? ¡Mi más próximo pariente me abandonó; no dejé en Francia más que corazones insensibles, falsos!... Mis amigos...

—Por favor, dejemos vuestros amigos, y hablemos de vuestros amores. ¿No ha habido siquiera una bella dama que se interesase por vos?

—Estaba escrito que no tendria amores en mi patria,—respondió el caballero.—Creo haber descubierto a V. M. el estado de mi corazon. Ninguna relacion amorosa me ha ocupado en Francia...

—¿Y aquí?

—¡Oh! Aquí, es diferente. Apenas llegado a Rusia ví a una mujer cuyos encantos me ha costado sumo trabajo resistir. ¡Confieso que al fin no he podido defenderme!

—¿Lo confesais?

—¿Por qué no? ¡El ángel que arrebató mis miradas borró con el solo poder de su belleza las mas adorables perfecciones que hasta ahora habia visto! ¡Por acercarme a esa mujer un instante, por contemplarla, por llegar a hablarla, desafiaria mil muertes! Por desgracia median entre nosotros barreras insuperables. La corte ha rodeado su vida, desde muy temprano, de una complicada red casi imposible de romper.

—¡Ah! La que amais... ¿pertenece a la corte?

—¡Ay de mí! Sí, señora. ¡Jamás creeria que hubiese de llegar a maldecir este palacio, donde se encierra! La primera vez que la ví pasar por esos jardines, me he dicho: ¿quién soy yo, pobre de mí, para ella? ¡Un desgraciado a quien siquiera conoce! ¿Tendrá acaso tiempo para amar en medio de una corte tan esclava de la etiqueta? Otro dia paseaba en un carruaje, y los caballos se desbocaron. Mi corazon sintió una emocion desconocida al presenciar aquella escena. Me precipité delante de las ruedas del coche como un insensato y creí que me sacarian de allí en pedazos; ¡pero el cielo ha querido dejarme vivir! ¡Ah, señora, señora! ¡Perdonadme que os hable asi de ese amor imposible!

—¡Imposible! ¿Por qué?—dijo Catalina conmovida,—no, podeis figuraos cuánto me interesa vuestro amor...

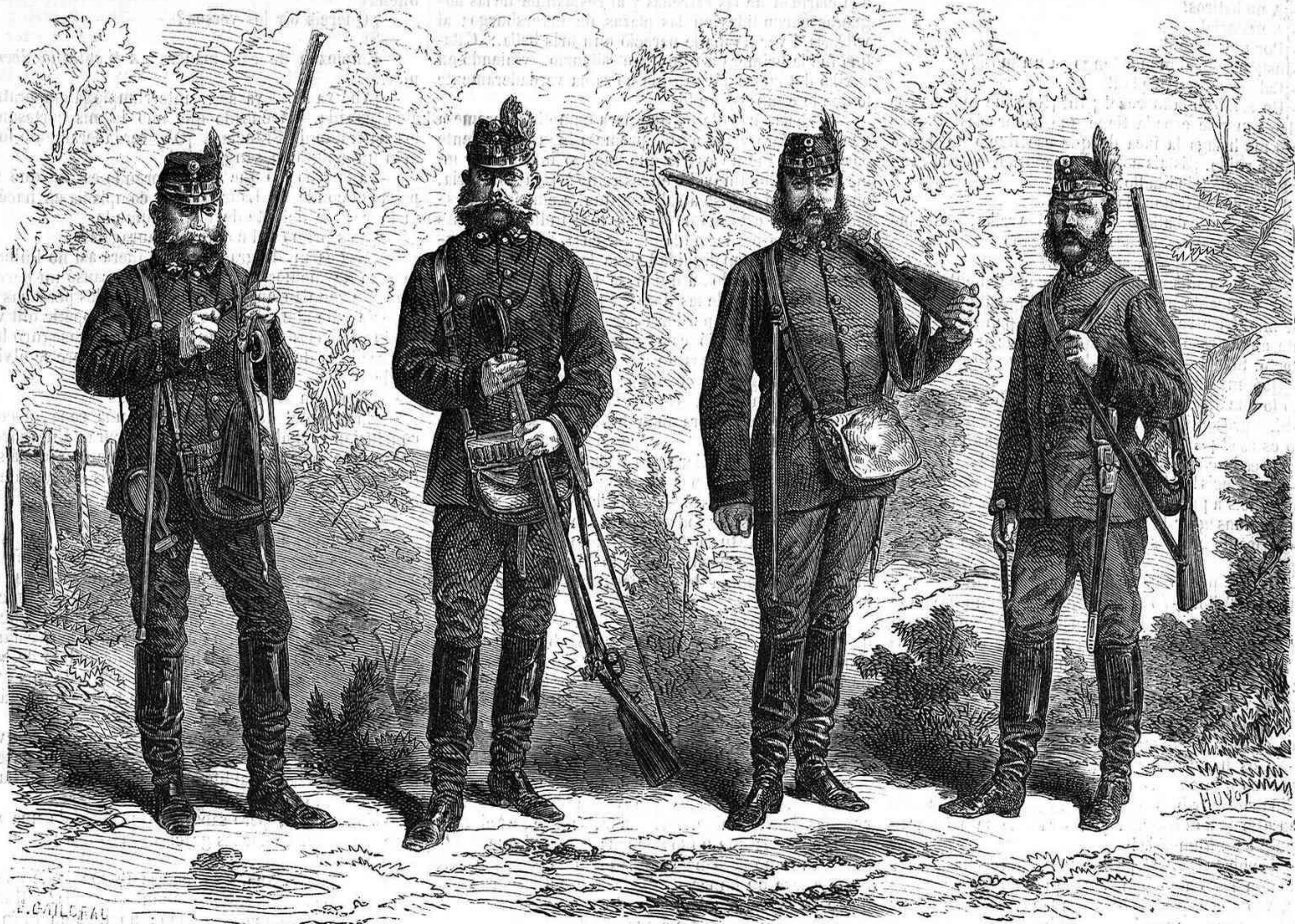
—¡Ah, señora!

—Este interés es muy sencillo y fácil de explicar. ¿No me habeis dado pruebas por dos veces de afecto y de celo hacia mí? Ayer todavía, esa conspiracion que habeis descubierto es casi un secreto de Estado que me revelasteis; y un servicio semejante exige una recompensa.

—Lá mia, señora, está en esas palabras que salen de vuestros labios,—respondió Enrique con fuego.—¿Qué premio puede compararse al que me ofrece esta entrevista que os habeis dignado concederme?

—Sois desinteresado, caballero; no os pareceis a las gentes que me rodean. Pero lo que vuestro orgullo rehusa, ¿no sabrá pedirlo vuestro corazon? Hablad:





LOS CUATRO GUARDIAS DEL EMPERADOR DE AUSTRIA.

¿no hay nada aquí,—continuó Catalina con una sonrisa seductora,—que pueda ser ambicionado por vos? Estamos, solos... hablad...

Y con una mirada rápida, escrutadora como el pensamiento, interrogaba el alma de Enrique. Había en su actitud y en su semblante una irresistible fascinación.

—¡Me ama! pensaba la orgullosa soberana, y todo en ella, hasta el temblor de sus labios, dejaba traslucir la emoción que le habían producido las palabras del joven Enrique de Luz.

—Vamos,—continuó,—cualquiera que sea vuestra pretension, será escuchada. ¡Oh! No temais nada... os debo más de lo que creéis... porque tengo que reparar también con vos, por mi parte, una injusticia...

—¿Una injusticia, señora?

—¡Ciertamente; debierais aborrecerme, caballero, porque soy la causa, aunque involuntaria, de vuestras desdichas... de vuestro destierro!

—¿Vos?

—Sí; ese epigrama que me habeis citado hace un momento, ese epigrama que la malignidad de vuestros enemigos no ha recelado atribuirlos...

—¿Y bien, señora?

—¡Es mio!—respondió Catalina riendo.—¡He odiado siempre á Choiseul y á la Dubarry! Pero nunca pude imaginarme que vos llegáseis á sufrir la pena impuesta á mis versos. Ya veis ahora cómo os debo una reparación. No me creo, pues, con derecho á rehusaros nada, caballero; y esto es muy grave, porque soy la emperatriz!

—Nada me debeis, señora,—se apresuró á decir Enrique,—yo bendigo este destierro que me permite acercarme á Catalina... hablarla...

—De ese amor imposible, ¿no es verdad? Teneis razon, Enrique; ese amor es el único digno de un alma de temple. ¡Elevarse así, en medio de una lucha peligrosa, hasta el objeto que todo os prohíbe amar; desafiar la envidia, los obstáculos, la muerte misma, por la menor de sus sonrisas; buscar su imagen por todas partes; no vivir mas que para ella sacrificándose en silencio, sobre todo siendo hermoso, brillante, lleno de juventud; todo esto es, bien lo conozco, despreciar, renunciar de antemano, por el amor, á la fortuna, única reina del mundo! De modo que en este momento... yo misma... al escucharos, he comprendido, caballero, todo lo que ese sueño, tan insensato como parece, debe tener de encantador para una imaginación como la vuestra. Podeis hablar cuanto gus-

teis... yo os lo permito, porque vuestra pasión es uno de esos sentimientos cuyo objeto absuelve el corazón imprudente que los abriga... hablad, pues; teneis derecho á toda mi indulgencia. ¿Rehusareis todavía decirme el nombre de la que amais?

Difícil sería describir la expresión de Catalina al pronunciar estas palabras. Sus grandes pestañas velaban casi su mirada... su pecho estaba oprimido...

—¿Dudais?—insistió la emperatriz,—¿dudais aun, Enrique, en confiarme ese nombre, que ya he adivinado tal vez?

—Ese nombre, señora, no me atrevo á pronunciarlo delante de la emperatriz...

—¿Y delante de Catalina?

—¡Ah! Señora... temo...

—¡Hablad!

—Pues bien: ese nombre es el de... Arrika, una de vuestras damas de honor.

—¡Arrika! murmuró Catalina pálida de cólera y de sorpresa.

—Vuestras bondades consiguieron,—continuó el caballero,—arrancar de mis labios una confesión que esperaba encerrar largo tiempo en mi pecho. Todo lo sabeis ya: ¡amo á Arrika! Concediéndome su mano, colmareis todos mis deseos. ¡Me habeis brindado con vuestra real protección... permitid que la imploro!

—¡Arrika!—volvió á exclamar la emperatriz.—¿Es á ella á quien amais!

—Al deberos mi felicidad, señora,—prosiguió Enrique,—contraeré con vos una nueva deuda de gratitud y un eterno reconocimiento...

—¡Arrika, Arrika!—interrumpió Catalina,—¡era por ella por quien espusisteis vuestra vida cuando mis caballos se han desbocado!—¡Oh, sí... bien me acuerdo! Ella ha lanzado un grito al veros... ¡un grito de dolor y de angustia! Pero... ¿qué es esto? ¿No habeis oido? O mucho me engaño, ó se ha sentido ahora mismo un grito comprimido muy semejante á aquel otro de que os estaba hablando... ¡Oh! ¡Alguien nos escuchaba!

Un ruido débil, un gemido ahogado se oyera efectivamente detrás de las cortinas de la galería. Catalina las corrió con violencia, y:

—¡Arrika! exclamó.

La joven estaba desmayada.

—¡Ah! Desgraciada de tí, imprudente!—añadió Catalina, aparte.

El caballero, fuera de sí, levantó á Arrika del suelo y la colocó sobre un diván. El agua benéfica del es-

tanque que Enrique derramó sobre su frente, la hizo entreabrir los ojos por un instante, pero pronto volvió á caer exánime. La emperatriz, de pie é inmóvil la contemplaba.

—Caballero,—dijo Catalina dirigiéndose á Enrique de Luz después de un momento,—os he prometido concederos lo que pidiérais á nuestra real persona. Antes de seis días firmaré en el baile de Peterhoff el contrato que os ha de unir á esa bella joven! Adios, no olvideis que estais convidado, caballero Enrique de Luz!

(Se continuará.)

R. CAULA.



### ADVERTENCIA.

En el núm. 41 de nuestro Semanario cometimos una equivocación involuntaria, publicando un artículo biográfico no correspondiente al insigne artista cuyo retrato apareció en la pág. 324 del mismo número. Hoy remediamos la falta, inutilizando la hoja en que apareció y dando otra corregida para que nuestros suscritores la coloquen en el lugar de la primera y quede subsanada completamente una equivocación tan fácil de cometer por el más cuidadoso, como de explicar por quien algo conozca la imprenta; y así extrañamos haya sorprendido tanto á cierto colega, cuyas sanas intenciones y caritativas advertencias penetramos y agradecemos.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BALEN, NÚM. 4.—MADRID.  
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG.